

## LA DEMOCRACIA ANTE LOS AUTORITARISMOS, LOS AUTORITARISMOS EN LA DEMOCRACIA

---

CONVERSACIONES

28 DE JUNIO DE 2024

### *PARTICIPANTES*

**Gerardo Aboy Carlés:** Sociólogo y Cientista político. Investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesor en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Es autor de varios libros y artículos sobre identidades políticas y populismo.

**Hernán Brienza:** Lic. en Ciencia Política y Periodista. Escritor, politólogo, ensayista e historiador. Trabajó en varios radios, periódicos y revistas y fue titular del Instituto Nacional de Capacitación Política (INCAP del Ministerio del Interior de la Nación).

**Natalia Romé:** Lic. en Comunicación, Magíster en Comunicación y Cultura y Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Directora de la Maestría en Comunicación y Cultura, UBA. Profesora Titular de "Investigación en Comunicación" en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) e Investigadora del Instituto Gino Germani. Profesora Adjunta de Identidad, Estado y Sociedad en Argentina y América Latina en la Facultad de Artes de la UNLP.

5

### *COORDINADORES*

**Ricardo Laleff Ilieff:** Lic. en Ciencia Política y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Investigador del Instituto Germani y del CONICET. Profesor en la Carrera de Ciencia Política (UBA). Secretario Académico de la Maestría en Teoría Política y Social (UBA). Autor de *Lo político y la derrota. Un contrapunto entre Antonio Gramsci y Carl Schmitt* (Guillermo Escolar, 2020) y de *Poderes de la abyección* (2023) y *El secreto de Edipo* (2024), volúmenes I y II de la saga *Política y ontología lacaniana* (Miño y Dávila).

**Eugenia Mattei:** Lic. en Ciencia Política (UBA), Magíster en Ciencia Política (UNSAM) y Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Investigadora Adjunta del Conicet y del IIGG. Profesora de la carrera de Ciencia Política (UBA). Recientemente editó junto a Leandro Losada una compilación dedicada a Maquiavelo y el populismo.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Este Dossier se intitula “La democracia ante los autoritarismos, los autoritarismos en la democracia”. Sabemos que el título apela a categorías y conceptos que tienen una carga histórica muy fuerte. No solamente desde el punto de vista de “la historia conceptual”, sino también por la historia reciente misma del país. Creemos, además, que poseen una fuerte carga polémica en la actualidad. Estamos volviendo a discutir, precisamente, la pertinencia de estas categorías, las relaciones o no entre las maneras en que éstas fueron pensadas en los años 70, 80, 90 inclusive, con problemas como los de la insubordinación militar y todos aquellos referidos al horizonte normativo de la democracia liberal; problemas incluso que implicaban entender las distintas salida del autoritarismo militar. De manera que la intención de este encuentro es discutir — cómo estas categorías pueden o no ser pregnantas para analizar la actualidad, si conservan alguna capacidad heurística. Porque en el fondo la academia tiene que tener capacidad de explicar las cosas y no solamente de quedarse con ciertos conceptos que han tenido mucha importancia en el pasado.

Con esa lógica les compartimos los tres vectores que pensamos para estructurar el debate. La idea es que, como un buen cuento borgeano, la conversación se vaya ampliando hacia otros senderos.

El primer vector es el siguiente: “los conceptos de democracia y autoritarismo cruciales para las ciencias sociales y la vida pública de los años 1970, 1980 ¿resultan pertinentes para pensar la actualidad de la vida política contemporánea? De ser así, ¿con qué otros conceptos deberían ser articulados para comprender los ribetes más significativos del actual tiempo histórico?”

**Gerardo Aboy Carlés:** Yo tiendo a pensar que los conceptos de “democracia” y “autoritarismo” nos servirían para pensar si con ellos ocurre lo que nunca sucede con los conceptos. Esto es, si estos conceptos, que como ustedes bien señalan tienen ese papel central entre la democratización del sur de Europa y el comienzo de la democratización en América Latina, tienen el sentido que tuvieron en ese tiempo. Esos conceptos que fueron forjados como un contraste o separación, con distintas intensidades en cada caso, entre la vida y la muerte, entre la libertad y la no libertad, etc. Como decía Sartori, esta madeja de dos hilos aparecía muy claramente anudada, donde la vuelta a la soberanía popular y el imperio de los derechos civiles, estaban claramente amalgamados, aunque sabemos que entre estas dos dimensiones hay no pocas tensiones y contradicciones. Pero fue un momento histórico muy particular el que dio la fuerza a pensar que había una recuperación que implicaba una satisfacción en estas distintas dimensiones.

Con el paso del tiempo, se fue debilitando en el discurso público esa centralidad que tiene para nosotros y para quienes nos formamos sobre todo durante aquellos años la relación entre democracia y estado de derecho, entre el aspecto de soberanía popular de la democracia y el aspecto de los derechos que la posibilitan, así como otros elementos que en ese momento aparecían aledaños pero centrales. La noción de “Estado Social de Derecho” no era quizás parte del *cuore*, pero decíamos “no hay democracia sin Estado de Derecho”. No sabemos lo que es una soberanía popular si no se garantizan ciertos mecanismos que puedan permitir su articulación y

surgimiento, de la misma forma pensábamos que no puede haber ciudadanía democrática si no hay determinado piso de igualdad de condiciones y demás que permitieran su ejercicio.

Yo creo que todos estos años han tensionado estas distintas dimensiones a un punto tal que quienes hablamos el lenguaje de los 80 aún parecemos antiguallas destinadas a los museos, porque no existen esos contenidos, esas ideas, esas referencias comunes que había en los años 80. Pero esto no es para lamentarse sino para analizar. En un momento los politólogos, con esa pretensión de asepsia que tenían, pensaron que el concepto dahliano de “poliarquía” les servía para quitar los aspectos normativos que conllevaba el término democracia. Un día llega Guillermo O’Donnell y les dice: “miren, las poliarquías pueden ser muy distintas y se va todo ese supuesto consenso que queda también como relativamente anacrónico. Por eso es que tenemos que precisar los conceptos que tienen que girar en torno a una noción de democracia que siempre va a ser polémica, porque recordemos que nuestra noción de democracia de los 80 es una noción históricamente situada y es muy distinta a la noción que podía haber a mediados de los 50. Estoy pensando en los años en los que Isaiah Berlin o Yaakov Talmón básicamente ponían el acento en la idea de una continuidad entre la democracia y el totalitarismo cosa que a nosotros, formados “a la Lefort”, nos parecería “¿de qué hablaban estos señores?”, pero queda muy claro. Y creo que hoy nuevamente estos conceptos que para nosotros aparecían anudados, recuperan un plano de tensión que debería hacernos pensar en estas distintas dimensiones analíticas relativamente como tipos ideales separados para poder caracterizar los fenómenos.

**Hernán Brienza:** Primero hay un trasfondo en el movimiento de la semántica de la democracia. Yo recuerdo las pintadas en los 80 de “Democracia sin justicia social es dictadura” y es un poquito lo que hablabas vos, Gerardo, y cómo esta desaparición de la discusión pública de la democracia (que venía atravesada por la falta de discusión sobre la democracia en la Argentina en los 70), donde lo sustantivo no eran las discusiones sobre la democracia, sino que era sustantivos otros significantes, en los 80 comenzaron a estar acompañados también por otras cuestiones que para mí había que revisar en términos históricos. Como el problema de la restauración de la democracia, de la recuperación de la democracia, donde se plantearía no como una restauración o una recuperación sino como una instauración o una aparición, una emergencia del sistema democrático. El sistema democrático en la Argentina había sido prácticamente deficiente, ineficaz, ineficiente, con algunos pequeños momentos democráticos, pero atravesados también por una cultura que no tenía a los principales valores de la democracia como sustantivos. Incluso aquellos gobiernos que eran indubitablemente democráticos por su legitimidad de origen no terminaban nunca de constituir un Estado de Derecho que pudiera considerarse democrático pleno como lo consideramos hoy, por supuesto sin hacer anacronismos a la hora de pensar qué se entendía por democracia en los 50 o qué se entendía por democracia en la década del 20. Pero había una cultura política que no tenía en cuenta el sistema democrático como principal idea en el sistema político argentino. Y creo que esa construcción que se hace a partir del 83 también va de alguna manera mudando los significantes y también va mudando las formas en las cuales los distintos sectores del espectro

político, se apropian del concepto de democracia. Uno podría decir que el concepto de democracia se ha empequeñecido tanto que hoy es un lugar de defensa de aquellos que cuestionaban en los 70 y en los 80 el concepto de democracia como el lugar político de acción. Para ser concretos, el discurso democrático era un discurso del liberalismo conservador y el discurso que prescindía de valores democráticos podía pensarse como un discurso revolucionario, dentro de incluso de lo que eran los discursos nacionales y populares en los 60 y los 70. La lógica del tándem de democracia, desarrollo y mercado, tan mentado en los 60, finalmente acorraló a los sectores progresistas, de izquierda, nacionales y populares, a aceptar una democracia aunque sea, en un concepto restringidísimo, y eso nos tiene que obligar a repensar esos conceptos como herramientas. ¿Cuáles son las limitaciones de esos conceptos, cuáles son las limitaciones de esas prácticas democráticas? Creo que es muy interesante el segundo eje de esta discusión que tiene que ver con si la cultura política argentina en prácticamente todos sus niveles, niveles de relación populares y sociales, están atravesados por lo que uno podría llamar un pensamiento democrático, con todo lo contradictorio que es este concepto. Hoy no podemos pensar los términos democracia y autoritarismo de la misma forma en que los pensábamos en los 70 y en los 80, pero creo que el tipo de amenaza al sistema democrático y los tipos de amenazas que provienen de sectores autoritarios pueden fundarse tranquilamente en un sistema político que puede llamarse democrático. Y esa me parece que es la gran contradicción. La democracia puede ser autoritaria hoy y, como se dijo anteriormente, creo que ese vacío de contenido es lo que produce una contradicción muy fuerte entre los deseos y las prácticas políticas dentro de un marco democrático.

**Natalia Romé:** Me gustaría sumar algunas notas desde un horizonte que no es el de la ciencia política. Creo que hoy opera cierta asunción tácita sobre nuestra *coyuntura* que, de algún modo atraviesa también nuestra conversación. Esa asunción se apoya en una constatación, más o menos compartida, de una cierta insatisfacción —popular o masiva— con respecto a las promesas de la democracia. Es sobre esa constatación que cobra sentido la pregunta: ¿Qué hacemos con la democracia? Pero esa pregunta está declinada de antemano en otra: ¿Qué hacemos cuando las mayorías —sean espontáneas, transitorias o consolidadas— se manifiestan electoralmente por un conjunto de valores y de expectativas que, en términos teóricos-conceptuales y de memoria política, ubicaríamos como formas antidemocráticas? Se trata de una incómoda contradicción que se presenta no obstante con la fuerza de la evidencia y con ello, soslaya una pregunta anterior que quizás valdría la pena poner en juego: ¿cuál es esta coyuntura? Poner entre signos de pregunta la coyuntura es problematizar los esquemas desde los cuales la pensamos. Y creo que eso es vital porque hoy no sólo los marcos organizativos de la vida política vacilan, sino también los marcos de entendimiento desde los cuales quisiéramos pensarlos. No podemos obviar que estamos en un momento caracterizado no sólo por una crisis social-política, sino también por cierta crisis de los saberes y de los criterios de lo verdadero. Esto quiere decir que no alcanza con hipotetizar desde una teoría que sería justa, unos diagnósticos sobre una sociedad que estaría equivocada. Traer a escena una nueva repetición del prejuicio de la ignorancia de las masas, a propósito del pensamiento sobre la democracia, es

bastante desafortunado. En ese sentido, creo que antes que asumir una insatisfacción popular-masiva frente a la democracia, o de buscar tendencias antidemocráticas en las prácticas sociales, conviene reconstruir con mayor complejidad las diversas genealogías del debilitamiento o empobrecimiento del pensamiento democrático. En ese sentido, me parece virtuoso que haya aparecido un ejercicio de hermenéutica temporal, tanto en la presentación del Dossier como en las intervenciones de esta charla. Si abordamos el enigma de la coyuntura como una coexistencia de temporalidades diversas y anudadas, eso que se presentaba como “evidente” se desdibuja un poco y se abre a una exploración más audaz. Porque la coyuntura nunca suscribe una temporalidad homogénea (por ejemplo la del devenir autoritario de la sociedad), sino que es una suerte de hojaldre de temporalidades heterogéneas, entonces, no es tan obvio qué genealogía resulta pertinente recuperar para discutir la democracia ¿la genealogía de los debates intelectuales y la historia de las ideas? ¿la genealogía de la institucionalidad representativa? ¿la genealogía de las imágenes y sensibilidades populares en torno de la experiencia democrática? La duración, los acontecimientos, los ritmos y transformaciones en cada uno de esos niveles no coinciden. Finalmente, creo que la transformación histórica que hoy caracterizamos como de cierta des-democratización en el campo de las expectativas sociales tiene su lógica propia pero se encuentra a la vez articulada con una tendencia des-democratizadora específica y propia del campo conceptual, que podríamos caracterizar como un devenir procedimentalista del pensamiento sobre la democracia. Esto nos deja un desafío: pensar las relaciones entre tendencias des-democratizadoras y concepciones tecnocráticas. Hoy proliferan ciertos diagnósticos que se apoyan más bien en la realidad de países centrales y que organizan el problema democracia versus autoritarismo. Este esquema es muy problemático porque la categoría “autoritarismo” ya viene con una carga semántica asociada al decisionismo político y funciona para leer ciertas coyunturas. ¿Sirve ese esquema en el marco de nuestras memorias políticas latinoamericanas? Pero además, ¿qué es lo que amenaza a esa democracia que queremos defender o que queremos conceptualizar? No necesariamente aparece bajo la forma de arbitrariedades decisionistas. Por ejemplo, si seguimos trayectorias concretas, instituciones concretas, hay demasiados vasos comunicantes entre los procesos de tecnocratización y burocratización a través de la incorporación concreta y material de nuevas tecnologías en la gestión pública, en la elaboración de diagnósticos para la intervención y en procesos de sondeos de humores sociales y la expansión del ideario antidemocrático de las llamadas nuevas derechas. Personajes que encarnan la conjunción de esos dos universos del procedimentalismo tecnocrático y del autoritarismo. Personajes como Peter Thiel, fundador de PayPal y uno de los ideólogos del libertarianismo. Tal vez el esquema democracia-autoritarismo nos desorienta un poco con respecto a las transformaciones de esta coyuntura y de lo que tenemos que pensar. Para reorientarnos, necesitamos, entonces poner bajo la lupa también nuestros esquemas conceptuales y no generar la falsa idea de que los procesos de desdemocratización acontecen a una conveniente distancia de nuestras bellas categorías.

**Hernán Brienza:** Me parece muy interesante analizar si los ejes son democracia o autoritarismo, o la concepción de “autoritarismo” en el sentido de los fantasmas en los cuales aparecía el autoritarismo como conceptual. Este fenómeno se ve en los intentos de reforma de los viejos autoritarismos, como los golpes de Estado en Latinoamérica, que no funciona ninguno. Creo que los sistemas políticos tienen sus propios anticuerpos para deshacerse de esos intentos, creo que el debate en realidad está entre los límites de la propia democracia, y me parece que la cuestión democrática está compartimentada por la cuestión de la tecnología. Hay un debate que creo que va a ser fundamental en los próximos años que consiste en analizar la lógica de las democracias. Creo que las burocracias tecnocráticas de los 60 y el tecnocratismo neoliberal de los 90 achicaban las posibilidades de la acción política. Entiendo que las pluralidades de las acciones políticas constituyen el valor esencial de las democracias. Así visualizo yo la palabra democracia. Creo también que la vuelta de tuerca que va a dar la inteligencia artificial en función de una imposibilidad de salirse de un esquema de políticas públicas determinadas, va a achicar muchísimo la brecha de la acción política plural y creo que hay que estar atentos a esos tres momentos. Todavía no estamos en ese momento, pero lo vamos a estar muy prontamente, del diseño de políticas públicas a través de programaciones de inteligencia artificial. Creo que eso lo que va a hacer es (algo que se habló mucho en la década pasada: hacer lo que hay que hacer, lo natural, lo normal, todo este tipo de cuestiones que están vinculadas a una unicidad de acción y de pensamiento al interior del sistema democrático) no permitir la posibilidad de pluralidad en la forma de pensar y accionar la política. Este es el principal peligro porque como todos sabemos, la tecnología no es a-ideológica, sino que tiene ya un diseño ideológico predeterminado, y mi gran preocupación es de qué manera se van a acortar aún más las formas de pensar la política y de pensar la acción política. Y sobre todo la acción pública de los Estados.

10

**Gerardo Aboy Carlés:** Volviendo sobre las categorías, creo que una parte de la fuerza performativa que tenía esa contraposición entre democracia y autoritarismo cuando fue forjada, fue que estaba articulada al mismo tiempo como una forma de régimen político en sentido estricto y como una forma de sociedad. Como democracia en sentido más estricto y cerrado y como democratización, lo que creaba un serio problema al no poder ver las relaciones entre un terreno y otro. O sea, la discusión típica de los años 80: el que te decía no se puede hablar de democracia antes del peronismo porque el peronismo dio dignidad y ciudadanía igualitaria. Y eso era en verdad sinónimo de un proceso de democratización que es un proceso sociológico de igualación de condiciones y demás. Pero la democratización podía darse en un ambiente plenamente autoritario. De hecho a partir de la declaración del Estado guerra interna el peronismo no puede hablar de vigencia plena del Estado de Derecho. O sea: la democratización era absolutamente compatible con el autoritarismo. Cosa más antipática todavía, el nazismo supuso una democratización, algo que nos horroriza. Como fuerza implicó el acceso a la función pública de sectores que hasta entonces la tenían socialmente vedada. En la mentalidad con la cual nosotros nos construimos, obviamente todas estas cosas resultaban más difíciles de ser percibidas.

**Eugenia Mattei:** Me parece muy interesante la conversación que se está dando y a mí me surgió una pregunta, en relación específicamente con este eje, y con lo que empezaron a plantear. No sé si volver al proceso fundacional del alfonsinismo como un momento clave de la historia para esa antinomia. Yo quiero volver a pensar algo de la coyuntura actual y pensar que definición de democracia tiene Milei. Sobre todo por el recorte histórico que hace de la decadencia y demás, no sé si ustedes pensaron eso. Natalia habló de una idea de democracia más asociada al procedimentalismo.

**Gerardo Aboy Carlés:** En el discurso de Milei también se confunde democracia y democratización. Yo creo que uno de los grandes éxitos (usando nuestro antiguo lenguaje) de Milei es haber movilizado elementos profundamente democráticos, en un sentido, en una construcción que no deja de revelar ciertos rasgos autoritarios. Pero esos elementos democráticos están claramente movilizados. La idea de privilegios, más allá de cómo esos privilegios sean entendidos, así el privilegio sea tener obra social, o tener un empleo en blanco. La idea de casta, la idea de un daño percibido por las mayorías. La idea de un Estado que actúa en forma desigual conforme a distintos sectores. Son todos contenidos profundamente democráticos, que son articulados (con esto ya estamos pasando de cierta forma hacia el segundo eje) en un discurso democrático que aún es movilizado contra esto que había alcanzado la democratización argentina. Me parece que tenemos que empezar a acostumbrarnos, como decía Isaiah Berlin, a saber que el camino que nos lleva a A, nos lleva también a su contrario.

**Hernán Brienza:** Estos conceptos no son contradictorios en sí mismos, eso es interesante. Porque estoy pensando con lo que vos planteabas de Milei: Milei hace una crítica a la democracia restringida, entendida hoy como inmovilización de los sectores populares. Desde ahí se hace fuerte para hacer un cuestionamiento al sistema político desde una reclamación de los valores democráticos más profundos, contra los privilegios, contra la casta, contra la inmovilidad del sistema político. Lo que es interesante es que produce una transmutación porque finalmente cuando propone su juego democrático va hacia el principio de los tiempos. Va a un momento anterior al de la Ley Sáenz Peña. Él promete una democratización de hecho, pero cuando la propone, propone una democracia restringida, o una semi república, o una república imperfecta en palabras de Alberdi. Con lo cual allí, hay un doble juego que creo que hay que atender. No como un doble juego maniqueo, no estoy pensando en términos de que sea de manipulación de su lenguaje, sino de su propio convencimiento. Lo que más me interesa de Milei, es que es un hombre que se cree a sí mismo. Aun cuando diga cosas absolutamente diferentes, es un hombre que se cree a sí mismo, cuando dice A o cuando dice no A, en su propia contradicción él siempre se cree. Creo que ese fundamentalismo, que si bien es uno de los principales problemas para la construcción de un ambiente democrático, o un espacio público democrático, sí le permitió tener una legitimidad de origen que pocos sectores políticos podían tener ante la restricción de ese sistema democrático. De alguna manera lo conecto con lo que decía Natalia del cansancio de las sociedades ante la democracia que no terminaba dando respuestas. Sin embargo, pensando en lo estadístico, si uno hace una estadística de la sociedad argentina sobre si respetan los valores democráticos y el procedimiento democrático, yo estoy convencido de que la mayoría de los argentinos respetan los valores y el procedimiento democrático.

Sin embargo, cuando piensan el pasado y el presente de la democracia van a encontrar ese descontento. Sobre todo, el descontento se vincula a la sensación de que en las épocas autoritarias de la Argentina había más posibilidad de crecimiento económico y social, personal y colectivo que en democracia. La última generación que pudo comprarse casas y departamentos en la Argentina fue la generación de nuestros padres. Todos los demás tenemos que alquilar, hacer malabarismos para poder tener el nivel de vida que tenían, o que imaginamos que tenían nuestros padres. Eso es una gran frustración que no tiene que ver con lo procedimental de la democracia, sino con esta lógica de la democracia sin justicia social es dictadura. La sensación de que finalmente en lo cualitativo la democracia no resuelve los problemas de las mayorías.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Introduzco una cosa: me sorprendió que todavía no se hablara aquí del término “libertad”. Por eso me quedé pensando en lo siguiente: tomar a Milei como alguien que —dicho lacanianamente— “por su boca hablan discursos”, y no solamente que él enuncia un discurso. Y esto significa que en Milei aparecen discursos y tradiciones históricas bien conocidas. En este sentido, ¿es posible trazar una diferencia entre componentes democratizadores y la democracia misma como régimen? Lo que decía Natalia, y también la idea de “casta”, “parásito”, y todas esas connotaciones morales que se añaden, pero al mismo tiempo que aluden a cuestiones económicas, porque el parásito es aquel que está quitándole recursos a un organismo, que vive de otro ser. Hay un nombre que parece reaparecer con Milei que es el de Emmanuel Sièyes. Parecería como si Milei leyera *¿Qué es el Tercer Estado?*, de Sièyes. Hay, en ese libro, un componente que uno podría asumir democratizador, pero que puede prescindir de la democracia como forma política. De hecho, la Revolución Francesa prescinde de la democracia como forma política. A partir de esto quisiera entonces plantear una pregunta, sobre la libertad desanclada de la democracia como régimen. Para ser más claro: ¿cómo pensar en un proceso democratizador que puede enunciar Milei y al mismo tiempo en esa suerte de tensión con la democracia como un elemento formal que garantiza cierta relación de igualdad ante el derecho? ¿Cómo pensar un concepto de libertad que prescinde del derecho como garantía?

**Natalia Romé:** Por un lado me parece útil sostener una distinción entre régimen democrático y proceso de democratización, porque tenemos que pensar si no hay elementos democratizadores en las demandas que la interpelación mileísta logró captar. Hay dos elementos que me llaman mucho la atención y que son muy problemáticos. Por un lado, un proceso de politización, de voces, de rostros, de prácticas y de sectores, que en otros niveles, en otras conversaciones, y en los últimos años, se manifestaban como antipolíticos. Creo que ahí hay algo del orden de la democratización, de la toma de voz en el espacio público en tanto que sujetos políticos. Bajo la forma del hartazgo, bajo las formas de la denuncia o del combate de privilegios, pero hay una repolitización. Se da por derecha, y es de índole práctica, es muy difícil no pensarla como democratizadora en su forma práctica, aunque esté desanclada de valores democráticos en sus contenidos. Y la otra cuestión que también me parece inquietante es algo que aparece como un “fin del miedo”, un “ya no tenemos miedo”. La pandemia fue un laboratorio, un momento de experimentación social muy fuerte en relación con significaciones, memorias,

conceptualizaciones, imágenes y sensibilidades también. Aparece ahí la reactualización del deseo de libertad como experiencia concreta, cotidiana. Ahí se hicieron muy fuertes los discursos de “no tenemos miedo”, “no tenemos miedo de salir a decir”, “no tenemos miedo de impugnar poderes establecidos”. Ese grito que se resiste al miedo opera de modo desplazado, por un lado se dirige contra las políticas públicas igualadoras, atribuyéndoles una horadación de las libertades individuales y en ese sentido queda muy captado por las ideologías individualistas, pero a la vez, sintomatiza algo más interesante que eso: una cierta resistencia a las lógicas catastrofistas de dominación, a las terapias de “shock” a las que una y otra vez se ha sometido a nuestra sociedad. Hay mucho más que confusión y manipulación comunicacional en ese pronunciamiento de “fin del miedo”. En relación con la otra cuestión, la del desanclaje entre ciertas imágenes propias de la tradición política, como la de la libertad, y el régimen jurídico del estado nación, diría que concierne a una mutación histórica en el vínculo entre capitalismo y humanismo jurídico. Podríamos estar viviendo en esta coyuntura una mutación histórica importante, una crisis de un régimen de acumulación. Una crisis del orden de posguerra que era en sí mismo también una respuesta a una crisis anterior en la forma de una subsunción de las imágenes de democracia a un paradigma de derechos. Pero esto no debe leerse como un destino inexorable, porque eso sería reponer una causalidad mecánica entre régimen de acumulación y formas jurídico-políticas. El desafío es formularnos mejor las preguntas.

¿Cómo pensamos eso? Sobre todo, ¿cómo abrimos nuestro campo de visión para captar aquello que desborda nuestras categorías? ¿Cómo circula el significante “libertad”, de qué experiencia o sensibilidad es testimonio? Da cuenta de una certeza firmemente antidemocrática o da testimonio de la fragilidad de toda certeza, bajo la forma de un apego rígido a ciertas frases, casi literalizadas? En relación con esta segunda posibilidad, yo creo que sí hay algo que están logrando hacer algunos de los discursos vanguardistas de derecha: han logrado re-articular una concepción de la historia para construir un horizonte para la imaginación de futuro. El modo con el que se menta a Alberdi o a Roca es un modo genuinamente político, porque reescribe las memorias políticas para abrir un horizonte de acción. Hay una apuesta clara a reescribir esas memorias, en identificar qué tipo de resortes significantes y afectivos movilizar, qué tipo de hitos celebrar para elaborar una inteligencia colectiva que explique el presente y cómo llegamos hasta acá. Ahí hay un diagnóstico de insatisfacción del presente, y finalmente también un horizonte futuro, una apuesta. Me parece que también es eso lo que tenemos que pensar. En qué medida ese tipo de operaciones, apuestan al mundo por venir. Apuestan y actúan en favor de cierta forma de vida posible. Y la cuestión de la libertad ahí es difícil de pensar: porque no es lo mismo traer, movilizar, la categoría libertad en sus tradiciones políticas, que pensarla en relación con una historicidad de más corto alcance como, por ejemplo, la pandemia. Libertad no es una categoría homogénea, funciona como concepto y como imagen en varios niveles de historicidad.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Como la demanda de poder comprar dólares...

**Natalia Romé:** Sí, puede ser un ejemplo. La cuestión es que no tenemos muy claro en qué nivel están funcionando esas interpelaciones, qué resortes de las

sensibilidades y memorias disponibles activan. Creo que hay una gran simplificación en cierto abordaje de las conexiones entre afectos y política, cuando por ejemplo se dice que un resultado electoral se debe a que “la gente está enojada”... Es una idea de la emocionalidad que retacea la conexión profunda entre afecto y política. Pero la dimensión afectiva de la política es constitutiva y es notable como parecen ser hoy las vanguardias de derecha, las que han estudiado la cosa más seriamente. Un buen ejemplo de esto es el libro de Mauricio Macri, titulado “Para qué”. Este es un libro que hay que leer porque escribe la historia del PRO, no de Cambiemos sino del PRO. Ahí se interpreta la experiencia de Cromañón como el hito de frustración de la sociedad con respecto a la promesa de cierto sector del progresismo y se ofrece una suerte de identificación con la propia experiencia de Macri como víctima de secuestro. Yo veo ahí una operación de hermenéutica histórica muy notable y decididamente política. Hay algo más que me interesa de esto, Macri presentó ese libro hablando del “fin del buenismo”. Esa expresión fue leída demasiado rápido, como autocrítica del gradualismo de su gobierno. Pero esa expresión no es local, aparece también en el discurso de Santiago Abascal, de Vox y de Giorgia Meloni entre otros referentes de la derecha global. Me parece que esa frase es un artefacto político sofisticado, que dice más de lo que dice. Primero produce un diagnóstico basado en una operación discursiva de estas vanguardias conservadoras: la utopía de la globalización fracasó, y ese fracaso debe atribuirse a los organismos internacionales, la social democracia europea, lo que podría llamarse el “buenismo”. La promesa de un mundo reconciliado, sin fronteras, de expertos y tecnócratas, eso podría ser el buenismo. Pero la frase tiene también una función programática: anuncia el comienzo de un modo de hacer política. Y ese anuncio funciona de un tercer modo: como una interpelación, una invitación a identificarse con ella. Así, son estas vanguardias, las que logran hacerse cargo mejor, por ejemplo, del dilema la conflictividad y de la violencia como modos y medios de la política, en lugar de simplemente denegarlos o soslayarlos ingenuamente. Pues bien, creo que esto queda obturado en la oposición, bastante moralizada, entre democracia-autoritarismo. Y lo que se obtura, con consecuencias graves, es la posibilidad de un diagnóstico diferente, elaborado desde las fuerzas democráticas. Ese diagnóstico está todavía por hacerse y creo, debería incluir una reflexión sobre la historia política reciente, por ejemplo, de los modos en los que se tramitó mediante la consolidación de un paradigma de derechos la herencia postdictatorial, eso incluye pensar los mecanismos de politización virtuosa de ese paradigma que lograron vehicular, en sus contradicciones y en su conflictividad inmanente, el problema de la relación entre política y violencia. Creo que tenemos que pensar eso porque algo de esa eficacia política parece haber cesado y el riesgo es que nos quede apenas una palabra raquitizada, empobrecida de vibración afectiva. Carecemos de una elaboración crítica con vocación democrática y emancipatoria, sobre la violencia en sus diversas formas. Las discusiones quedan capturadas en un campo de abstracción moral que indistingue entre formas de violencia y borra la historia de su densidad semántica. No es lo mismo represión que insurgencia, no es lo mismo rebeldía que contrarrevolución, ni maltrato que tortura. Si no recuperamos los matices, donde habitan los sedimentos mismos de la historia política, no vamos a poder explicar por qué no hay “desaparecidos” de los “dos lados”. Creo que es un tema que nos cuesta mucho pensar, y el que los discursos vanguardistas de derecha —no eso que se llama

la derechización de la sociedad: los discursos vanguardistas—, la estrategia discursiva de ciertos sectores a escala global, están instrumentando virtuosamente. Digo virtuosamente porque creo que es eficaz.

**Gerardo Aboy Carlés:** Justamente esta imagen de democracia y autoritarismo se construye pensando a la democracia y a la política como el más acá de la violencia, como el espacio que permite que no nos matemos. Entonces ahí tenés un problema cuando la violencia empieza a ser forma de la política. Lo que decía Ricardo acerca de la libertad y obviamente que en ese tirar de la madeja muchas veces se puede construir una cierta idea de libertad con prescindencia de la idea de la democracia, aun cuando movilice elementos profundamente democráticos. De hecho no es casual que Milei vea el origen de todos los males argentinos no como habitualmente nos dicen todos desde 1946, sino 30 años antes. Cuando hay un primer gobierno electo por Sufragio Universal masculino. Ese dato es fuertísimo, como tal dice algunas cosas. Pero vuelvo a decir: es necesario pensar cómo, en términos de Berlin, un mismo camino nos puede conducir a resultados antagónicos. Vos Ricardo hablabas de la Revolución Francesa. El momento más alto del liberalismo de la Revolución es agosto del 89, la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Ahora, la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano es al mismo tiempo, la ruptura absoluta con cualquier núcleo social asociativo. Dará posibilidades a nuevas asociaciones, pero se construye con la contracara de un individuo desocializado, aislado átomo del número y sin historia, frente a las corporaciones que antes lo detenían. Es precisamente ese individuo, aislado, abstracto, el que puede —justamente por esta destrucción de la libertad gótica, de los límites que imponían cuerpos intermedios— ser objeto y víctima del Terror. Con lo cual tenemos la paradoja de un camino que nos lleva de los Derechos Humanos al Terror. Entonces: ¿nos va a extrañar que elementos profundamente democráticos como el cuestionamiento de castas, la percepción de un daño, la sensación de una restricción a la libertad operada por un cierto fanatismo de la corrección política a la hora de criminalizar creencias más o menos disonantes, es decir hechos que generaron humillación, den lugar a una reacción, y encuentren ahora una canalización y expansión, radicalizada como nunca antes? Me parece que todos estos elementos hay que entenderlos en esa línea. Y yo no sería tan optimista como fueron ustedes a la hora de plantear la consigna, cuando decían “¿es posible pensar en estas tendencias contradictorias con la democracia liberal que surgen de la misma democracia liberal sin pensar un cambio de régimen?”. Yo tiendo a pensar en lo político muy a la usanza del tratado de Ciencia Política de Georges Burdeau, donde el régimen político no es solamente el conjunto de reglas e instituciones que hacen a la competencia por el poder y a los valores y creencias que animan las normas que rigen su ejercicio, sino a prácticas específicas que nos hablan de cómo los hombres son efectivamente gobernados. Y en ese sentido yo creo que muy posiblemente estemos en una transición de régimen en una escala que nos excede a nosotros como Argentina, mucho más global, de lo que estamos pensando.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Diría, ahora, de deslizarnos —en parte ya lo hicimos— hacia el segundo eje del encuentro. Parecería —lo dejo planteado en estos términos— que la democracia de los 80, un poco de corte arendtiana, partía de cierta moralización de la política, y por tanto refractaria a pensar aspectos desagradables que la vida

política, como por ejemplo situaciones de extrema violencia. Con argumentos del tipo de “no hay que pensar la violencia porque la política o la democracia es otra cosa”. En ese marco, ¿estamos viviendo una ruptura del denominado “pacto” del 83? Efectivamente esa moralización de nuestra democracia, ¿implica una negación de la política, un poco “a lo Schmitt”, para hacer un contrajuego tradicional entre Arendt y Schmitt? Uno podría decir que en tiempos donde la ciencia política y la sociología han declarado la muerte de la política, la muerte de las ideologías, parecería ser que es la “derecha”, entre comillas, quien reactiva la política, quien asume la violencia y su importancia en el pasado. En este sentido, volviendo al segundo vector, ¿cómo pensar la alteridad dentro de la actual coyuntura? En el último tiempo, han aparecido menciones y expresiones muy paradigmáticas y muy ejemplificadoras: “infiltrados en la democracia”, “topos de la democracia”, que al mismo tiempo dan para pensar si efectivamente esos discursos “infiltrados”, “ajenos”, siempre estuvieron operando, pero no tenían capacidad hegemónica, y ahora sí la tienen. Por eso pueden llevar a cabo instancias poco simpáticas: la violencia, el ajuste, etc.

**Hernán Brienza:** Yo creo que hay una banalización de los discursos del mal en la sociedad. Que no es exactamente lo mismo que la banalización del mal, pero sí del discurso del mal. Donde todo puede ser dicho, donde todo puede ser publicitado, aun cuando no se lleve a cabo ese acto. Pero creo que esa banalización de los discursos del mal, a la larga, genera violencia política que se lleva a las patadas con la democracia, o con lo que nosotros pensábamos que era un pensamiento democrático. Creo que hay también una restricción en las opciones para pensar la política, creo que hay un binarismo extremo en la forma de pensar la política, aunque no en la conducción de la política, y creo que esa lógica de trasladar las formas de pensar la vida real en las opciones que nos dan las redes de comunicación, en que la forma de pensar esa realidad está vinculada a 3 o 4 opciones, eso reduce la capacidad de generar una cultura política con mayores opciones y con mayor pluralidad para la acción política. Creo que hoy es aún más reducida la forma de pensar las relaciones políticas, creo que se vuelve a una radicalidad de amigo-enemigo pero al mismo tiempo con una violencia inusitada en lo discursivo que no se veía en la Argentina por lo menos desde la época de los 70. Donde las operaciones metafóricas que se utilizan son muy parecidas a la propaganda de la década del 30. Las cucarachas por las ratas, los parásitos, la desautorización del otro como lo ciego, el que no la ve, el que no puede ver, de que no piensa como yo no la ve. No hay posibilidad de pensar de otras maneras, directamente no se la ve.

**Gerardo Aboy Carlés:** No la ve o directamente es un corrupto.

**Hernán Brienza:** Claro. Con lo cual esa acusación, esa forma de pensar la política es una forma profundamente autoritaria, y que no está solamente vinculada a las elites políticas, o no esta solamente vinculada a las formas de acción política de la derecha. También la centro-izquierda y otros sectores tienen una forma de pensar la política de manera binaria, y también la deshumanización del otro es permanente. En la década anterior eran “kukas” contra gorilas. No había posibilidad de racionalidad en ese debate porque estábamos hablando de dos tipos de animales. De animalización, de zoologización de la política. En esta década se ha dado una vuelta de tuerca más: los argentinos de bien y los no argentinos. Volvemos, me parece, otra vez a esa lógica

que no deja de escaparse de la lógica de civilización o barbarie del siglo XIX, que es la imposibilidad de la otredad. Pero no es unidireccional esa imposibilidad de reconocimiento del otro que hace en sí misma la posibilidad de que la democracia no funcione en toda su extensión. Yo diría que no hay posibilidad de pensar la democracia con los niveles de disfuncionalidad de la otredad que manejamos.

**Gerardo Aboy Carlés:** Comparto en buena medida, esto ha sido un proceso de unos 15-16 años por lo menos, de un fenómeno que empieza a tomar ésta forma. No es una foto del día de hoy, del gobierno de Milei. Porque no tiene que ver con la exclusión del otro, porque exclusión del otro siempre hay, depende de cuál es el grado de esa exclusión. Todo nuestro sistema democrático fue construido en base a una gran exclusión del otro autoritario, sino no podríamos definir la comunidad de los iguales, los que comparten. El tema es cómo después, con el correr del tiempo, seguimos construyendo esas fronteras hacia el interior. Como pasó en la forma que tomó inicialmente el conflicto del 2008 con el campo y cómo a partir de ahí fuimos con responsabilidad de múltiples actores avanzando, escalando hasta llegar a esta foto. Esta foto no apareció de un día para el otro. Estuvo el conflicto con el campo, estuvo —y yo creo que es central— la escalada de violencia verbal en el período que va entre las PASO y la primera vuelta de 2019. Allí se da una radicalización discursiva que preanuncia algunas de las cosas que vimos durante la pandemia. Y sobre todo del lado de lo que era el oficialismo de entonces, hasta que llegamos a esta situación. No llegamos a una situación de “son kukas, no la ven” de un día para el otro. Hay una génesis de esta situación que nos trae hasta acá.

**Natalia Romé:** Comparto, agregaría algo que quizás es tangencial a lo que traías, Gerardo, otra de las categorías que para mí también hoy es problemática, que es la de hegemonía. La traigo porque también me parece que hay que someterla a una pregunta situada en el momento en el que estamos. Tal vez hoy tenemos que reflexionar mejor en la idea de una crisis de hegemonía. Ese es al menos mi diagnóstico sobre esta época. Si nos precipitamos e identificamos, por ejemplo, hegemonía con éxito electoral podemos cometer errores analíticos con consecuencias políticas. Ese es el riesgo de los análisis que apuran en diagnóstico de una “derechización de la sociedad”, trafican una idea de un nuevo bloque hegemónico de derechas. Yo insisto en pensar el asunto de otro modo: lo que hay hoy son vanguardias de derechas, con discursos que tienen una gran capacidad de atraer atención, no es poco, en una coyuntura en la que la economía de la atención parece sustancial, pero consagrarla como “hegemonía” en un sentido clásico requiere de una elaboración teórica que incluya estudios sobre las dinámicas subjetivas, culturales, comunicacionales y políticas que no creo que esté saldado. Pero de mínima lo que veo en ese tipo de diagnósticos tácitos sobre una hegemonía de derechas es un aplanamiento de tiempos y de lógicas —por caso, la cultura política, las identificaciones y el procedimiento electoral—. Me parece mucho más fecundo pensar este momento político como un momento de experimentación social. No es por optimismo, sino porque me parece que hay que concederle esa oportunidad a la sociedad y no precipitar tanto las lecturas, hay una ansiedad intelectual por sacar conclusiones, muy acorde a la época, no solo a los tiempos del consumo, sino también a las reglas neoliberales de nuestro campo académico. Entonces, prefiero demorar los pronunciamientos. Me seduce más la idea de que

estamos viendo —y vamos a seguir viendo por un tiempo— un tipo de experimentación social. De decisiones incluso antitéticas o pendulares, extremas y demás, y que pueden ser pensadas como síntoma de todos estos problemas. Esto quiere decir que la escena no está armada. Aunque, por supuesto, hay lógicas que ya se vienen configurando con anterioridad y también habrá continuidades. En esa dimensión de las continuidades, me parece que hay que hay que detenerse en algo que traía Hernán: estamos en un momento de transformación de la vida semántica y performática de las palabras en el espacio público. Un tiempo liminal —para usar una expresión de Álvaro García Linera— es un tiempo de experimentación social y eso viene acompañado de una crisis de sentidos. Esto puede registrarse en la circulación y uso de muchas categorías, pero no creo que la operación crítica deba consistir en denunciar una estafa semántica —pensemos que eso solía decirse sobre el discurso de los orígenes del peronismo, tal como lo registra Daniel James en *Resistencia e integración* y lo analiza Ernesto Laclau en su teoría del populismo—. Me animo a sostener algo polémico: creo que de modo sistemático o espontáneo, los discursos mileístas captan algo de esa crisis semántica. Es decir, que antes que producirlo o reforzarla, han sabido captar que había cierta disponibilidad social y afectiva para el sarandeo de las palabras, algo de la lenga política ya sonaba a hueco, nuestra legua pública ya funcionaba como una lengua de madera, que puede ser sofisticada o puede ser intuitiva, práctica, experiencial, da lo mismo porque fue exitosa electoralmente de todos modos, que es el. El mileísmo, como proceso cultural-social, se apoya en el empobrecimiento de la palabra en su circulación pública. Ese proceso puede ser leído como una cierta literalización de las palabras fuertes, un borramiento de su anclaje histórico y su fuerza metafórica y por lo tanto una flotación relativista de los significantes. Eso excede ampliamente la existencia de la fuerza política de la Libertad Avanza, por ejemplo. También funciona en la instrumentación marketinera de la palabra política, su uso al servicio de técnicas de mercadeo político...eso es anterior y notablemente amplio. Esa es la tecnocratización de la que hablaba antes.

**Hernán Brienza:** Sí, la banalización del discurso.

**Natalia Romé:** Justamente, la banalización del discurso. Bueno, yo lo leí así, los discursos pueden circular porque se desanclan de las experiencias históricas concretas, se literalizan, y entonces pareciera que se los puede movilizar con mucho menor costo histórico, político, experiencial. Esto requiere de una astucia estratégica que queda bastante debilitada cuando apuramos la sanción moral o la denuncia. Hay que asumir que esa banalización es un rasgo efectivo del espacio público —primero para no participar ingenuamente de su reforzamiento, creyendo que las técnicas son neutrales y sirven a todos los fines políticos—. Pero también, a la vez, para definir estrategias de intervención práctica que requieren de diagnósticos finos y audaces, también, cuando ponderamos los efectos de las expresiones que más nos impresionan, o nos conmueven, o incluso nos asustan. Por ejemplo, para no atribuir tan rápidamente vocación antidemocrática a un pibe que postea algo que en su corta historia experiencial parece tener muy poco sentido, por ejemplo, una foto de un Falcón verde. No digo que debemos quitarle gravedad, de ninguna manera. Sino porque ahí el asunto realmente grave es cómo reconstruimos ese espacio público y ese estatuto de la palabra política. Y la tarea es inmensa y es

práctica, no moral. Concierno a la elaboración de una estrategia política sólida, sin la cual, las tácticas tiene sólo una orientación técnica y esa técnica, tal como está materialmente tramada hoy, es inseparable de una destrucción moral. El debate entre tecnófilos versus tecnofóbicos en el campo de la práctica política, por ejemplo, es una pavada que no explica nada, lo que hay que entender es cómo ha cambiado la arquitectura del espacio público, la forma de circulación de la palabra, y qué obstáculos y posibilidades se abren en esta trama. Una mutación fundamental que hay que pensar hoy desde la política, es la indistinción de los ámbitos de conversación, las plataformas de interacción, las redes sociales, aplanan eso con efecto graves, porque ya no permiten la vinculación entre un espacio de conversación y unas reglas discursivas de lo que en su marco puede o no ser dicho. Cualquiera sabe que no se habla igual en un asado con amigos que en un parlamento, que una clase no es una charla de ascensor y que un canto de cancha no es un alegato judicial. Sin embargo, hoy esas distinciones institucionales, históricas, culturales y subjetivas, están materialmente borradas, en la arquitectura misma del espacio público digital. Es un desafío enorme para los espacios militantes, pero también para las instituciones, e incluso, para el lazo social y la salud mental.

**Hernán Brienza:** Pero hay un riesgo. Uno podría decir que entre los discursos circulantes en la esfera pública y en la vida cotidiana de los argentinos no hay una relación directa de esos niveles de violencia. Y la misma persona que en redes te puede desear la muerte a vos y a todas tus generaciones, después te los cruzas en una verdulería y te saluda con una sonrisa y te dice “ay te contesté el tuit del otro día”. También es cierto que hay una lógica de anestesiamiento, y lo que en otros momentos nos parecía terrible, hoy no nos parece tanto. Y que todo pareciera estar en el nivel de un *videogame*, donde una persona puede dispararle en la cabeza al otro y no pasa nada.

**Natalia Romé:** Eso es otra cosa. Ahí no estamos hablando de circulación de la palabra, sino de un acto que tiene otra materialidad y hay que pensarlo en su especificidad.

**Hernán Brienza:** Pero por eso digo, aconteció, pero al mismo tiempo no pasó nada. Entonces hay una relación entre la anestesia del discurso político, la consecuencia de ese discurso político y las consecuencias de la acción. Vinculada también a esta lógica donde nunca terminamos de saber qué es lo verdadero, qué es lo real y qué es la mentira. Me parece que eso también está en juego en el orden de esta forma de pensar la comunicación en la política, y que para mí se va a profundizar con esta lógica de la emergencia o de la aparición de discursos políticos, atravesados por la inteligencia artificial, donde hay falsificación de voces, hay falsificaciones de imágenes, falsificaciones de video, donde finalmente todo se termina convirtiendo en un video juego. Y se nos escapan las consecuencias de esa discursividad, de esa acción, de esas imágenes falseadas, y finalmente no terminamos de saber si una acción violenta es parte de un videojuego para subir en redes o es parte de la realidad política. Me parece que ahí también hay que ser conscientes de que ese anestesiamiento de las miradas sobre las consecuencias de la violencia discursiva nos puede llevar a hechos concretos. Y creo que también hay que tener en cuenta que no se puede hacer una relación automática entre la violencia discursiva en las

redes y en la esfera pública y la serenidad o la tranquilidad con la que los argentinos se relacionan en las calles, excepto que haya un choque. Pero también creo que hay que estar atentos, porque hay algunas formas de las violencias reales cuyas consecuencias pueden estar anestesiadas por los discursos públicos y en las redes.

**Natalia Romé:** Lo que me cuesta suscribir es la idea de que algo se va instalando por el discurso y entonces después se vuelve posible en la práctica. Me parece que la dimensión subjetiva y afectiva que forma parte de esto que llamas anestesiamiento es bastante más compleja. Lo que sí comparto es que tiene consecuencias muy graves y muy difíciles de pensar en un punto, y también suscribo que tiene una dimensión íntima, psíquica o afectiva que hay que incorporar. Esto tiene que ver con cierto relativismo, con cierta relativización ética, epistemológica, de la que las redes no son la causa sino que son una materialización más. Es bastante complicado porque tiene que ver, por ejemplo, con la dimensión del sujeto. Con la dimensión del sujeto y con cómo pensamos prácticas, por ejemplo, democratizadoras, en nuestras tradiciones políticas. Por ejemplo, solíamos asociar un proceso de democratización a un proceso de *visibilización* pública de una demanda. Pero ¿qué tipo de eficacia puede tener una visibilización pública cuando el espacio comunicacional está sobresaturado de información? Me parece que tenemos que pensar en eso. Cuando queremos evaluar los efectos de construcciones discursivas, su circulación y demás, tenemos que poder pensar las condiciones del régimen discursivo de nuestra época. Las categorías que tenemos para pensarlo no dan cuenta del problema que tenemos por delante. Porque lo que ha cambiado es la consistencia misma del espacio público. Los bolsos de López eran una imagen con una eficacia, ver una vicepresidenta gatillada es una imagen que no suscita la respuesta que debería. Ahí tenemos un problema que es del orden de lo visible, de la relación entre creencia y visibilidad. ¿Cómo pensamos ese nivel, cómo pensamos la relación de intervención política en el espacio público, circulación de imágenes, información, acceso a la información? ¿Cómo pensamos el secreto? Las categorías que tenemos son torpes o no-neutrales... la idea de transparencia, por ejemplo, como sinónimo de moral anticorrupción. Traigo esa polémica porque creo que si queremos pensar en serio la relación entre comunicación y política, hoy, hay que pensarla con mayor audacia y menor arrojo moral, que además, en general, tiende a ser conservacionista o melancólico.

**Hernán Brienza:** Me gustaría agregar un tema, que tiene que ver con esto del cambio de época. No sé si este cambio de época no arrastra a la democracia junto con el fin de los estados nación. Habría que pensar si el concepto de democracia como lo concebimos no está demasiado vinculado a la construcción de los espacios de los Estados Nación. Y con la desarticulación del Estados Nación se desarticula el concepto de democracia tal como lo conocemos, o al menos tal como lo analizamos. En esa lógica hay que pensar que la democracia ya no va a ser lo que era. Me parece que los Estados Nación tampoco van a ser y me parece que en ese sentido hay en las derechas extremas una ultramodernidad que comprende las transformaciones en las cuáles se está llegando en el mundo más que aquellos que quedamos un poco anclados en la conceptualización desde dentro de los Estados Nación.

**Gerardo Aboy Carlés:** Creo que ese es el tema central, también en relación con el punto 3, antes de hacer la transición quisiera decir algunas cosas.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Como sos un hombre de los 80 dijiste transición. (risas)

**Natalia Romé:** Buen punto. El término no había aparecido hasta ahora.

**Gerardo Aboy Carlés:** Quisiera mencionar dos cosas. Depende como entendamos la idea de hegemonía. Si la entendemos a lo Gramsci, estructuralmente, es una idea que me parece que puede confundir más que ayudar en algunos aspectos, si la vemos de manera más formal es una idea que todavía puede ser útil. Y mi gran duda es lo que decía una vez mi amigo Sebastián Giménez, es si vivimos el fin de pensar la política de forma hegemónica, o si lo que vivimos en nuestro caso es el quiebre del empate, el final del empate. Cuando la palabra es una palabra verdaderamente política, o sea, cuando no es mera repetición, siempre es un acontecimiento. Siempre es un acontecimiento en la medida que construye sentido. Y de la construcción de sentido a la inspiración de las acciones el camino puede ser infinito o cortísimo. Pero lo cierto es que hay cuestiones que hacen permeables cosas que no eran permeables. Que se pueda decir desde un Legislador Nacional “bala, bala, bala” ante hechos de inseguridad, y que cuando se produzca esa bala en general haya un apoyo societal tan importante a ese hecho no parece accidental. Me parece que la política está hecha de eso. No significa que cada construcción de sentido político va a llevar adelante una acción de la misma gravedad, tenor o demás. Pero lo que es pensable y lo que no es pensable, lo que es decible y lo que no es decible, me parece que guarda una cierta vinculación con lo que acontece o no acontece. Entonces sí, quizás mis luces son un tanto más rojas. No creo que en Argentina haya 17 millones de libertarios, o de paleo libertarios, como el personaje que han votado, por supuesto que no. Ahí se han mezclado muchas cosas distintas que ese discurso ha evocado, y ha tocado y ha movilizado. Ha movilizado como encarnación de un daño sufrido, una esperanza por venir, una revancha por obtener. Me parece que estamos transcurriendo ese tiempo de daño, reparación del daño, de revancha, y de futuro que no sabemos dónde va a terminar.

**Hernán Brienza:** Me parece que no se puede pensar la democracia como la pensábamos antes, con el festival infante de un capitalismo de tipo financiero que convierte a los Estados en redes que son un colador. Es difícil pensar la democracia en estos términos. Donde los Estados Nación no tienen capacidad para implementar reglas de juego reales. Sí procedimentales respecto de selección de élites, pero no reales. Y cuando digo no reales lo digo en términos económicos y en términos sociales. Y creo que es muy difícil, por eso utilizaba la cuestión de la inteligencia artificial, porque me parece que es el último giro de una modernidad que va de alguna manera a establecer el ocaso de las administraciones nacionales. Yo en eso soy un poco apocalíptico. Soy apocalíptico porque me queda poco de vida, unos 30 años, en ese sentido creo que hay que pensar que los más habilitados para pensar estas cosas son los que van a venir. Por eso pensar con las categorías de los 80, o los discursos de los 80 no nos sirve, porque nuestra sensibilidad está atravesada por cuestiones que todavía son del presente pero no del futuro. Por eso nos cuesta tanto pensar con otras categorías, porque nuestra sensibilidad no está vinculada a lo que viene sino a lo que vivimos.

**Eugenia Mattei:** Me quede pensando esto apocalíptico que dijiste Hernán de la tecnología, que, en parte, comparto y me llevó a pensar una cuestión. Esto que mencionabas de Twitter, lo que decía Gerardo de las fronteras. Y me pregunto qué tipo de pueblo tiene el mileísmo. Qué tipo de concepción de pueblo. Y si existe en algún punto una recuperación de la vieja mayoría menemista con clave digital, de pobres y ricos versus ilustrados. Quería saber que opinaban en relación con eso.

**Hernán Brienza:** A mí me llama mucho la atención el significante que utilizan: “los pibes”. Cuando ellos dicen en redes “los pibes”, en realidad ¿qué están queriendo significar? Hasta qué edad se es un pibe y hasta que edad políticamente se es un pibe. Porque un pibe de Milei es alguien que tiene fuerza, que tiene empuje, alguien que deja de ser cordero. Hasta qué edad se puede ser un pibe y qué relación hay entre lo corderil, la cordería y la palabra pueblo. “Yo no vengo a liberar corderos, vengo a despertar leones” decía Milei en su campaña. Por lo tanto la concepción de pueblo estaría vinculada a lo corderil, a la cordería. De alguna manera la apelación a Milei es ese individualismo de corte leonino. Que sin duda constituye un pueblo, que sin duda es un populismo de derecha. La utilización del término “pueblo” pero que no es ese pueblo que nos imaginamos en términos colectivos, es un pueblo desagregado en individuos que se perciben a sí mismos, como únicos, irrepetibles, originales, aunque piensen todos lo mismo y sean parte de un colectivo. No importa, lo que importa es la autopercepción. A priori. Por supuesto cuando los escuche a ellos voy a opinar diferente de lo que opiné.

**Ricardo Laleff Ilieff:** La palabra pibes es una palabra que aparece en todo el arco político, en todos los discursos políticos hay una mención a ese “sujeto”.

22

**Eugenia Mattei:** Es el “pibe de barrio”.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Myriam Bregman también dice “los pibes”, o Massa decía en su campaña presidencial “los pibes se van a quedar sin ir a la escuela, o no van a poder ir porque no les va a alcanzar el boleto”. Creo que es un significante de época para Argentina.

**Hernán Brienza:** Me refiero a los *reels* de los libertarios cuando hablan de los pibes. Los pibes que bancan a Milei. Aparecen generalmente imágenes que tienen que ver con la vieja vida, con la fuerza, que tienen que ver con la musculatura, que tiene que ver con la necesidad del otorgamiento de derechos. Los pibes se toman por sí mismos los derechos, por eso son leones y no corderos.

**Natalia Romé:** En relación con esto que preguntaba Eugenia, creo que hay una interpelación a los extremos sociales que se despliega de diversas maneras. Se puede leer un proyecto de transformación material económica, asociado a un cambio de régimen de acumulación que bien puede considerarse como un proyecto de destrucción de la clase media. Hay una apuesta concreta por un mundo polar: lumpenizado y ultra elitizado, como reformulación del capitalismo, un modelo de desarrollo, con todas las ambigüedades que esa expresión puede tener, basado en el recrudescimiento de los signos del subdesarrollo. La dinámica estructural no es nueva, la analizaba por ejemplo Gunder Frank, hace varias décadas. Lo nuevo es que ahora viene acompañada de una interpelación política masivamente exitosa. Como

si amplios sectores frustrados ante la imposibilidad del ascenso social, hubieran desplazado su afecto hacia el odio o desprecio a los signos mismos de ese ascenso social: el trabajo formal, los derechos laborales, las instituciones del estado social, los discursos de la inclusión, etc. Esta propuesta ha logrado (insisto: en una temporalidad electoral, no creo que se trate de un éxito político) conciliar a los dos sectores sociales que vienen prescindiendo de las prestaciones de muchas de las políticas públicas. Por arriba, porque tienen toda su vida privatizada (en seguridad, en educación, salud) y bastante extranjerizada (consumen en dólares). Por abajo, porque no logran acceder ni registrar en su experiencia concreta y cotidiana, la pretendida universalidad de las promesas, los derechos y prestaciones públicas de estado social. Ahí hubo un *matcheo*, una articulación entre esos dos sectores. Y eso le otorga al discurso mileísta una cuota de veracidad, como diagnóstico y captación de las sensibilidades disponibles y como proyecto consistente con ese diagnóstico. Por eso logra esa eficiencia como promesa de sinceramiento, de develamiento. Esta era una categoría que ya había aparecido con el macrismo y que evidentemente era una buena lectura de los humores sociales. (Un buen ejemplo, por cierto, de cómo los procesos semánticos exceden la temporalidad electoral). Había un deseo de sinceramiento que es interpretado por una invitación política a identificarse con un proyecto concreto que, además, se está traduciendo en leyes, en resoluciones de gobierno. No hay engaño y ese es un gran desafío para la oposición política demasiado ejercitada en la militancia de la denuncia. Es uno de los tantos desafíos que hoy se enfrentan: pensar cuáles son las formas de las mediaciones que hay que reparar, y cuáles las prácticas que han dejado de funcionar. Que no son solamente la institucionalidad del Estado, es una diversidad de formas asociativas, organizativas, basadas en la confianza en el prójimo, en la empatía de proyectos, en la posibilidad de pensar que nadie se salva solo, creo que ahí hay que apuntar. Me sale pensarlo en términos de espacio público, porque hay que distinguir entre Estado y espacio público. El embate es y va a ser mucho más contra el orden de lo público (en lo que sostiene un común universalizado, diría Linera) que contra los Estados. Porque los Estados, por lo menos bajo la forma de su promesa de aparato represivo, van a seguir siendo necesarios para sostener los muros, las fronteras y para pacificar los territorios. Los Estados hoy son permeados por los lobbies, a las corporaciones y a todas estas formas de organización flexible que están teniendo las instituciones de las derechas financieras o profesionales para parasitar las políticas públicas y las instituciones del Estado. Lo que creo que se está degradando fuertemente es lo público que no es idéntico al Estado, que está ahí como una bisagra mediadora y que tiene que ver con todas estas cosas que no son solamente las instituciones, procedimientos, reglamentaciones y letras jurídicas, sino que también son prácticas, hábitos, expectativas, sensibilidades y nociones comunes, mucho más difíciles de pensar y de calibrar en sus consecuencias.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Pasamos al último eje que remite al modo en el que pensamos en este espacio geográfico —el argentino— y al modo en que nos pensamos a partir de este espacio geográfico. Y esta cuestión alude siempre a la novedad o a la no novedad de los fenómenos latinoamericanos también. La excepcionalidad en relación con la no excepcionalidad de otros espacios de representación que, en este caso, en la actual coyuntura, va acompañado de una adjetivación de lo que es la

derecha, ultraderecha, nuevas derechas, etc. Es decir, ¿cómo pensar el fenómeno político argentino de la actualidad? —y ¿cómo pensar la actual coyuntura argentina vinculándola con otros fenómenos, regionales y mundiales, que parecen muy relacionados y al mismo tiempo muy diferentes?—.

**Gerardo Aboy Carlés:** Voy a hacer algo un poco largo más allá de la seducción que puede tener pensar en un clivaje común de estos años con los 20 y los 30, yo creo que no, estamos viviendo un proceso nuevo. No nos sirve tampoco pensar en la época del ascenso globalizador en el sentido de las reformas entre comillas neoliberales —una palabra que no me gusta— porque creo que no estamos acá en algo que sea homologable a lo vivido en los años 90. No sabemos cuál va a ser el destino de esto, los 90 fueron un proceso reformista que tuvo consecuencias sociales que ya conocemos, consecuencias políticas que ya conocemos, pero esto es un discurso jacobino de derecha. Esto es un discurso revolucionario, no es un discurso reformista, es otra cosa, es un animal distinto. Perdón si me demoro un poco, creo que se mezclan varias cosas y varias temporalidades distintas. Un largo plazo global, un mediano y largo plazo argentino y una coyuntura que nos lleva a hacer punta en ciertos experimentos sociopolíticos a escala internacional. Mucho de esto lo venía diciendo Hernán con las transformaciones de escala técnica y Natalia con lo que hablaba de una mutación del espacio público, de lo público. Creo que tiene que ver con un proceso que tiene por lo menos 50 años, un proceso que tiene que ver justamente con la globalización del capital, con la pérdida de capacidades estatales, con estados que cada vez pueden responder a menos demandas de sus poblaciones, lo que lleva a poner en crisis múltiples mediaciones. No solo las mediaciones tradicionales, uno puede decir que la representación política siempre estuvo en crisis. No solo agudizar eso sino de la mano de nuevos cambios, agudizar un montón de mediaciones, mediaciones que tenían que ver con estructuración de actores colectivos como interlocutores, mediaciones que tenían que ver con el papel de los medios y de la prensa como la creadora de marcos generales de inteligibilidad de los escenarios políticos. Hoy eso ya está muy debilitado. Al mismo tiempo frente con esta casi como una suerte de venganza a Huntington y esta suerte de caída de las capacidades estatales tenemos un aumento de la expresión pública de la demanda vía desarrollo de las redes sobre todo en los últimos 15-20 años. Esa ausencia de mediaciones da forma justamente a una política mucho menos mediada, mucho menos elaborada y la forma de polarización creciente y de choque directo que la pereza intelectual de la politología ha llamado populismo porque no tenía a mano un nombre mejor, pero, en realidad, esto es otra cosa. Hay una mutación acelerada en las últimas décadas, pero que tiene una historia de 50 años de la política en general, y con ella de la democracia en particular. Esto tiene consecuencias sobre la democracia. En ese sentido coincido bastante con algunas cosas que dijo Hernán y está lejos de terminar ese proceso, estamos inmersos en ese proceso. El caso argentino tiene esta temporalidad larga y tiene temporalidades cortas que nos llevan más a eso, temporalidades que pueden iniciarse también en los 70. De hecho desde el 75 al 2020 estuvimos con el mismo producto bruto interno per cápita. El estancamiento, el deterioro social, tres grandes crisis que cambiaron para siempre la estructura social de la argentina, el 75, el 89 y el 2001. La situación de estar al borde, de la percepción social de estar al borde de una cuarta crisis de esas

características, los temores que esto generó y a donde nos llevó. Por ahí nos tiró o nos terminó de tirar a la piletta o no, veremos donde nos llevó, en cuanto a eso. Entonces tenemos el papel de la pandemia, lo que decía antes, la sobreactuación también, la noción de humillación que sufrieron muchos sectores por no estar plenamente convencidos de, o no ser, lo suficientemente rigurosos en el cumplimiento de la corrección política, cierta exageración que tuvimos. Y no digo esto en el sentido de la habitual crítica fácil al progresismo que está nuevamente de moda. Y finalmente un factor coyuntural, que tiene que ver con las casualidades, pero que no podemos dejar de de lado para explicar el desenlace en la Argentina y que tiene que ver básicamente con errores de los juegos de la propia dirigencia política argentina. O sea, no nos olvidemos, Milei no digo que fue un invento pero fue sostenido por sectores del peronismo para dividir el voto, sus votos fueron cuidados, su campaña recibió ayuda oficial. El principal líder opositor, Macri, se dedicó a destruir a su candidato más moderado y que supuestamente tenía más posibilidades de acceder a la presidencia con todos sus esfuerzos, hasta debilitar a su propio espacio. Y una vez hecho esto no se limitó a eso sino que llamó a votar en la segunda vuelta por Milei, cuando en la primera también le tenía bastante simpatía y los candidatos a presidente y vicepresidente de ese espacio hoy son ministros y los ministros más radicales. Radicales en el sentido de extremistas de Milei. Entonces hay una serie de factores que nos traen hasta acá. Factores de largo plazo que tienen que ver con el cambio de la política en general, de la democracia en particular, creo que en ese sentido si seguimos pensando con categorías de hace 50, 40 años vamos a tener problemas, no vamos a poder entender muchos de estos cambios. Podemos tener esas categorías para un principio de crítica normativa, pero no para entender particularmente cuáles son los procesos que están surgiendo. Procesos que tienen que ver con la propia realidad argentina, las frustraciones que llegan a que se puedan movilizar elementos democráticos muy fuertes que dan vida justamente a ese radicalismo autoritario o jacobinismo de derecha, y una actuación muy particular de la dirigencia política argentina en una coyuntura central: cuando la gente estaba al mismo tiempo ante el temor de la caída en una cuarta ola de esa desestructuración en cuotas de la Argentina.

**Natalia Romé:** Quisiera agregar algo para matizar un poco esto del momento en el que estamos y los desafíos para pensar. Diría que no es que hay categorías que ya no sirven y hay que descartar, sino que tal vez, hay que correrlas del centro de la escena por un rato. Este tiempo liminal, o de pasaje, tal vez no dure demasiado y se reinstale una nueva forma de normalidad, aunque sea la normalización de la crisis como estrategia de supervivencia, pero alguna va a haber. Y también pondría una cautela en cierta disposición a la proliferación de neologismos que, a veces tenemos en el campo de las ciencias sociales y en la filosofía. A veces, lo nuevo también puede ser desempolvar viejas categorías, jugar en esa complejidad temporal y en qué niveles hay novedades radicales y en qué niveles esas supuestas novedades radicales se montan sobre procesos históricos soterrados. Si, por ejemplo, insisto en que hay que pensar este momento como un momento de crisis de acumulación del capital, estoy retomando una categoría viejísima, pero que se había dejado de usar en el análisis político. Esa recuperación es relevante porque hoy observamos procesos que se emparentan con los que acontecieron a fin del siglo XIX cuando se produce un salto

en el régimen de acumulación del capital que impacta en la división sexual e internacional del trabajo. En nuestro país, por ejemplo, eso coincide con un giro autoritario de las elites intelectuales liberales que está analizado por David Viñas en su ensayo *De Montoneros a Anarquistas*. También podemos leer un giro autoritario o una alianza liberal-reaccionaria en los cuadros políticos de la última dictadura militar, también es un momento de cambio de régimen de acumulación. Es interesante pensar que en esos momentos aparecen procesos de primitivización como propuestas para el futuro, expresados, por ejemplo, en cierta revisita de la genealogía hispanista, lo vemos en Marra, en Francisco Sánchez el secretario de culto reivindicó hace poco, el hito de 1492 como una fecha en que España le dio al mundo los valores de Occidente. Y yo creo que eso tiene fuerza y que interpela un montón porque retoma genealogías disponibles. ¿Qué resortes, qué memorias culturales se retoman y con cuáles más nuevas se tejen? Cuando alguien dice “sí, yo soy hijo de español y por eso me estoy sacando el pasaporte porque me voy a ir de este país de mierda” (risas), está la colonialidad y están los fracasos más recientes, pero está también la globalización que pone al mundo “al alcance”... Todo eso también hay que ponerlo a funcionar en el análisis. Y en relación particular con la historia reciente de nuestro país creo que hay algo, de lo que no hemos desplegado todavía todas las consecuencias posibles, o todo lo que tiene para dar en términos de riqueza hermenéutica, experiencial, cultural, que es la categoría de posdictadura. El supuesto giro cruel del neoliberalismo es el modo de acumulación capitalista en América Latina. Ahí también tendríamos que poder sacudir esas temporalidades y pensar, por ejemplo, cuánto de la experiencia de las dictaduras latinoamericanas marca uno de los pulsos de lo que estamos viendo. Ahí todo el diagnóstico del giro conservador o punitivo del neoliberalismo desde 2008, es no sólo eurocéntrico sino provinciano, no ve el esquema global del fenómeno que no es sólo una reacción a la socialdemocracia europea sino a las experiencias democratizadoras latinoamericanas, de principios del siglo XXI. Y de algo que no siempre se piensa: esas experiencias retomaron una genealogía histórica que está en el corazón de los inicios de neoliberalismo de los setenta: su carácter de contrarrevolución —no tanto a una URSS ya en decadencia, sino como respuesta a los movimientos de liberación nacional y tercermundistas; eso es algo que solemos olvidar cuando estudiamos el neoliberalismo—. Digo esto porque si por un lado quizás necesitamos algunas nuevas categorías, también podemos como gesto de renovación, pensar qué categorías dejamos de usar como efecto de una derrota política que es también intelectual. Si hacemos eso no sólo podemos ganar en capacidad de intelección sino en fuerza política, en anclaje histórico-material. Esa tarea no es caprichosa, no es una alquimia mágica: “un poco de lo nuevo y un poco de lo viejo”. Es un esfuerzo por pensar la matriz histórica como una matriz de temporalidad plural y de articulación contradictoria. En althusseriano, diríamos que la historia es un proceso sobredeterminado. Y eso permite, no fascinarnos con los diagnósticos totalizantes como, por ejemplo, los de la gubernamentalidad algorítmica, que a veces tienden a la metafísica y, pero, a la melancolía.

Por ejemplo, la actual fascinación por la inteligencia artificial, no está exenta de una nueva pregunta por la naturaleza humana, ante eso podemos hacer dos cosas: volvernos pensadores especulativos de la “nueva naturaleza humana” o recordar

que la cuestión metafísica de la naturaleza humana vuelve a aparecer cada vez que hay una crisis de capital y que resolverla exige revisar el régimen de reproducción de la fuerza de trabajo. Un bello ejemplo es la *Teoría de Capital Humano* de Gary Becker. Ver las cosas de este modo, nos permite, por ejemplo, pensar las relaciones entre la IA, la reacción conservadora y los ataques al feminismo. Pero pensarlas políticamente no metafísicamente. El feminismo es un adversario privilegiado de muchos de estos discursos porque la cuestión de la población, de la reproducción y del control de la natalidad y demás, van a estar en el centro de la escena si lo que acontece es la consolidación de un nuevo régimen de reproducción del capital. América Latina, y Argentina, es un lugar donde convergen muchas de esas cuestiones. No es casual que la experiencia de Milei se dé acá. Convergen la originalidad de haber comenzado nuestro neoliberalismo con una dictadura feroz, convergen las políticas con las que eso se experimentó antes que otros países del mundo, pero convergen también las respuestas políticas que se dieron a la crisis de ese neoliberalismo, que en América Latina es la crisis de fines de los 90, y no desde el 2001 o el 2008 como en los países centrales. Hay un montón de cuestiones para pensar, en nuestra historia reciente y en nuestra historia larga del capitalismo periférico. Eso permitiría leer las contradicciones en este proceso que se nos presenta ideológicamente como inexorable porque sería parte de una evolución técnica irreversible. Contra eso es vital la producción de teoría desde América Latina, también, porque hay una suerte latinoamericanización del mundo que sólo se ve si abandonamos la imagen progresiva, homogénea y contemporánea del tiempo histórico. Estamos en un lugar y en un tiempo interesantes para pensar con más audacia y creatividad, yendo menos a la saga de los neologismos elaborados en los países centrales, que por cierto, vienen fracasando bastante en su capacidad de explicar lo que pasa.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Asimismo, uno podría pensar que la fórmula Milei-Villarruel replica la composición del Proceso de 1976, ¿no? Recuerdo el libro de Paula Canelo, *El Proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*, donde hay un componente más nacionalista, que ahora aportaría la vicepresidenta, y un componente más internacionalista, antiindustrializador, que ahora aportaría el actual presidente. Es decir, uno podría ver también que en la fórmula actual de gobierno está esa misma tensión del neoliberalismo de la dictadura, cohesionado por la llamada “lucha antisubversiva”.

**Hernán Brienza:** Lo autoritario en décadas pasadas estaba sobre la represión de los cuerpos y el placer de los otros, y el reclamo para la procuración del placer de una élite determinada. Creo que en estos momentos se invirtió esa lógica, que las democracias restringidas lo que hacen es administrar el placer de los demás, y no reprimirlos pero sí controlarlos desde la no represión. Es necesario repensar y replantear esa diferenciación entre la represión y la exacerbación. Si hoy el autoritarismo no está en el control por el otorgamiento del derecho al placer y la negación y la cancelación de ese placer y no por la represión absoluta del placer de los demás. Uno pensaba hasta hace 20 o 30 años el Estado como represor de aquellos derechos que las mayorías deseaban, y hoy pareciera que el control pasa por la posibilidad de ofrecer y de dar esos placeres a esas mayorías, esos placeres en términos individuales, en la posibilidad de consumición de un placer que los viejos

Estados te quitaban. Pero en el mismo punto me parece que hay una lógica de una palabra que no nombramos, que es la dominación, de cómo se dominan mayorías. Si se dominan desde un autoritarismo represivo o si se dominan desde una democracia restrictiva pero de un otorgamiento de goces y de pequeños placeres que te generan el miedo de quedarte afuera.

**Eugenia Mattei:** Perdón, ¿Qué tipo de placeres?

**Hernán Brienza:** Todos. El placer sexual, el placer de relaciones, el placer de la vida cotidiana, el placer del consumo, del consumo inmediato, el placer de la identidad, el placer de poder moverte, o no, según la pandemia. Tenés derecho a moverte o no lo tenés. Hay que pensar en esta clave de autoritarismo y democracia en este sentido también. A riesgo de sonar conservador el planteo, porque quiero enfatizar en este sentido, las derechas eran represivas del placer de los demás, y las derechas hoy no son represivas del placer de los demás.

**Eugenia Mattei:** ¿Y ahí el sacrificio cómo juega?

**Hernán Brienza:** Es que el sacrificio es para un placer, para un placer futuro.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Podría explicar el sadismo también, es decir gozar del cuerpo del otro, gozar del sacrificio del otro.

**Eugenia Mattei:** Sí, aunque al sacrificio no lo veo como algo del sadismo, me parece que el sacrificio significa hacer sagrado algo, diría que tiene un componente más cristiano.

**Ricardo Laleff Ilieff:** Sí, pero además hay todo un discurso del neoliberalismo que nos imprimió una suerte de auto sacrificio para acceder a bien escaso que se consume rápidamente.

**Natalia Romé:** Que puede ser una respuesta a cierta caída de lo sagrado, en otros ámbitos de prácticas.

**Eugenia Mattei:** Bueno, en relación con eso y lo que mencionaba Hernán, al liderazgo de Milei lo veo como con una pretensión de reencantar el mundo, de querer sacralizar el mundo.

**Hernán Brienza:** El neoliberalismo macrista era sacrificial. El de Milei no. De hecho, no se proponen como líderes sacrificiales, al contrario, ellos tienen como una especie de lógica más menemista, piden un sacrificio a los demás, pero no ellos.

**Gerardo Aboy Carlés:** Para mí ahí está una de las claves de las características, “revolucionarias” de este discurso, cómo moviliza elementos democráticos claramente en contra de las dimensiones igualitarias y de Estado de derecho. Ahí está uno de los aspectos centrales, porque el discurso de este experimento une, de un lado, un discurso profundamente decadentista con un pasado hermosísimo del cual nos hemos alejado. Pero no es el lugar del discurso decadentista que analizaba Tulio Halperín en relación con el revisionismo, sino que claramente está proyectando una mirada de regeneración absoluta y prácticamente automática a

partir de la eliminación de ciertos factores. Por supuesto que esto es un experimento que empieza y que no sabemos dónde va a terminar, porque la idea de que en los 4 días se le acaba la nafta no parece demasiado feliz. Pero creo que introduce algo que lo separa de las experiencias más cercanas que tenemos. Esto no se puede comparar con Macri, esto no se puede comparar con Menem. Es un animal de índole distinta, y todavía no lo conocemos, y no lo conocemos entre otras cosas por un viejo vicio de la sociología, que se repite día a día que es pensar que lo político es la variable dependiente de una cierta realidad social. Todos los análisis —análisis que respeto mucho de amigos, de colegas— plantean “Hay una subjetivación de determinado tipo de alguien que no tenía protección”. Por ejemplo, los trabajos de Pablo Semán, de aproximación, que podrían ser cuestionados por dos motivos: uno, porque su tipo ideal es el personaje que existe así en la zona geográfica del país donde le fue peor a Milei y a partir de esa zona donde le fue peor se construye el tipo ideal. No creo que este pueda explicar por ejemplo el 70% del voto a Milei en Córdoba. En segundo lugar, por pensar que los procesos de subjetivación son procesos apolíticos que están dados nada más que en la práctica cotidiana o en las relaciones laborales, que estamos en el mismo caso de “Ay ¿por qué la clase obrera no fue autónoma?”, confundiendo clase obrera con movimiento obrero y tratando de pensar siempre lo político como un derivado de lo social, y no vemos la performatividad de lo político en la construcción de subjetividad. Eso es central para pensar nuestro presente y lo que viene a partir de ahora. Creo que los sociólogos tenemos que enterrar nuestro prejuicio sociológico, que es pensar que lo político es algo distinto de lo social y no es una dimensión coextensiva de lo social. Es una matriz generalizada, para la sociología es muy así. Yo creo que es muy distinta la lectura que se podría hacer de *La Ética Protestante* de Weber, pero en general todo era pensado así, en términos de una afinidad electiva, y un tipo de creencia, sociabilidad, y demás, que después se condice con un tipo de práctica de creencias y cálculos que son necesarios para otra cosa. Ese puente nunca se ha saldado, es como que la política es lo que viene después. Se advierte un movimiento político y acto seguido se preguntan con qué categorías sociales leerlo. Y el mileísmo es algo sumamente complejo. Hay sectores altos y de clase media de la zona central del país en el voto oficial, y también hay en Rosario y en un montón de lugares empresarios y pequeños empresarios que se pelean con sus trabajadores porque esos trabajadores formales iban a votar a Milei. Hay que ver el tipo de sujetos de subjetivación que une eso que en principio sería heterogéneo.

**Natalia Romé:** Me parece que eso es fundamental para entender la diferencia entre lo que puede una subjetividad, en su estado presente, y ese arrojo hacia el futuro que es todo proceso de subjetivación política. El desafío es pensar en una clave que desborde la racionalidad de la consultoría electoral, que no sea solamente traducción de lo que estaba, sino que mantenga una relación de exceso y tensión con el presente. Pensar cuál es la apuesta de las derechas antes que incluirlas en una tipología que ya teníamos. Porque tal vez eso que están haciendo tiene algo de creatividad que merece ser pensado, un trabajo sobre lo espectral, sobre lo que estaba pero no estaba del todo, o no estaba puesto en forma. Era más una materia disponible —para decirlo en un registro maquiaveliano— y lo que está pasando es que está siendo puesto en forma. Ante esa realidad, en todo caso, la pregunta es

cuáles son las *otras* formas que podría tomar. No se trata tanto de una cuestión de forma y contenido sino de disponibilidad y traducción, de inscripción en un marco, quizás.

**Gerardo Aboy Carlés:** Seguimos pensando la representación en forma básicamente expresiva y no en forma existencial, en forma creativa que figura y establece lazos identitarios. Si persistimos en el error vamos a tener problemas para entender los procesos políticos en los que estamos inmersos.

### *¿Cómo se cita este artículo?*

ABOY CARLÉS, G., BRIENZA, H., ROMÉ, N., LALEFF ILIEFF, R., MATTEI, E. (2024). La democracia ante los autoritarismos, los autoritarismos en la democracia. *Argumentos. Revista de crítica social*, (30), 5-30. [link]